

Montaña Cairn Toul Verano de 1603



Hayden Campbell juró con fiereza al voltear otro cuerpo helado sobre la ladera rocosa.

—Este está muerto —gritó Fallon MacLeod desde donde estaba, un poco más arriba.

—Todos están muertos. —Hayden dejó escapar el aliento, que creó una nube de vaho a su alrededor. Ignoró la temperatura glacial y la nevada constante. Aunque sentía el frío, no le molestaba, porque no era humano.

Era un guerrero, un inmortal con un dios arcaico en su interior que le confería poderes y una fuerza inconmensurable... entre otras cosas.

Se quitó el hielo de las pestañas mientras dejaba vagar la mirada por la ladera cubierta de nieve y de los despojos de los numerosos druidas muertos.

—Deberíamos haber regresado antes.

Fallon, otro guerrero, caminó hacia él pesadamente. En sus ojos verdes había solemnidad.

—Sí, deberíamos haberlo hecho, pero estaba preocupado por Quinn. Apenas conseguimos sacarlos a Marvail y a él a tiempo de esta maldita montaña.

—Lo sé. —Hayden miró el odiado montón de roca. Siempre le había encantado mirar las enormes montañas. Sin embargo, el hecho de estar encerrado en Cairn Toul durante demasiadas décadas observando al demonio que crecía allí se había llevado el placer que esta vista antes le ofrecía—. Maldita Deirdre.

Deirdre, la que lo había empezado todo, por fin estaba muerta. Era una druida, pero de una secta que entregaba su sangre y sus almas a diabhul, el demonio, para usar magia negra. Era, o había sido, una drough.

Había otro tipo de druidas, los mie, que empleaban la magia pura propia de su condición para unirse a la naturaleza y aprovechar el poder interno que todos ellos tenían. Los mie usaban su magia para sanar y ayudar a quienes lo necesitaban, no para destruir, como hacían los drough y Deirdre.

Hayden y los otros guerreros la habían vencido. Aunque había costado muchas vidas. Demasiadas.

Centenares de druidas habían sido hechos prisioneros en la montaña para que Deirdre les extrajera la sangre y recogiera sus almas para sumarlas a la suya propia. Nadie sabía qué edad tenía Deirdre aunque, a juzgar por los rumores, había vivido durante casi mil años, desde justo después de que los guerreros echaran a los romanos de sus tierras.

Los guerreros habían sido creados gracias a los drough y a los mie, como respuesta a la petición de ayuda de los celtas, y Hayden no podía culpar a los druidas. Roma asfixiaba lentamente a Gran Bretaña, terminando con toda su grandeza. Y los celtas habían sido incapaces de vencerlos.

Los druidas habían hecho lo que habían podido por su territorio. No sabían que los dioses primitivos que invocaron desde el infierno se negarían a abandonar a los hombres de cuyos cuerpos se habían apoderado.

Los dioses eran tan poderosos que los druidas no pudieron eliminarlos. Lo único que pudieron hacer fue dormirlos en el interior de sus receptáculos después de que Roma fuera vencida y sus tropas abandonaran las costas de Gran Bretaña.

Así fue como los dioses pasaron de generación en generación a través de los linajes, encarnándose en los guerreros más fuertes. Hasta que Deirdre encontró a los MacLeod y liberó a su dios.

El reinado de maldad de Deirdre había durado mucho más de lo que a Hayden le gustaba pensar. Aunque había sido muy poderosa, también se podía matar a un drough.

Sonrió al recordar el momento en el que otro guerrero le había roto el cuello a la bruja y después él mismo la había arrojado al fuego.

—¿Por qué sonríes? —preguntó Fallon, interrumpiendo sus pensamientos.

Fallon era el líder de su grupo de guerreros. Se habían unido para luchar contra Deirdre y la perversidad que había esparcido. Aunque habían pensado que les llevaría años, Deirdre lo había cambiado todo cuando hizo prisionero al hermano menor de los MacLeod, Quinn. En ese momento, la lucha recrudeció.

—Porque Deirdre está muerta —explicó Hayden—. Todo contra lo que hemos estado peleando durante estos años se ha terminado. Se acabó.

Fallon sonrió y le dio una palmada en el hombro.

—Es una sensación maravillosa, ¿verdad? Ahora solo tenemos que preocuparnos por hacer que los druidas encuentren el conjuro que duerma de nuevo a nuestros dioses. Entonces podremos vivir como mortales.

Lo único de lo que hablaban Fallon, Lucan y Quinn era de dormir a los dioses. Como los hermanos MacLeod tenían esposas, estaban deseando sacar a los dioses de sus vidas.

Hayden, por su parte, no estaba seguro de querer ser mortal otra vez. Si lo hacía, perdería su poder.

—Voy a mirar en el otro lado de la montaña —dijo Fallon—. Tal vez encontremos a alguien vivo.

—Creo que los que pudieron salir de la montaña ya lo hicieron. El frío mató a los demás.

Fallon dejó escapar el aliento de forma irregular y apretó la mandíbula.

—Entonces, deberíamos mirar dentro de la montaña. Tal vez alguien se sintiera demasiado asustado para marcharse.

Ambos se giraron hacia la puerta que permanecía entreabierta en medio de la roca, como si estuviera esperando a que entraran en sus dominios perversos. Todos los druidas estaban dotados de un poder especial y el de Deirdre había sido mover la piedra. Le había ordenado a la montaña que cambiara de forma para crear un palacio en su interior, protegido del resto del mundo.

Oculto a todos.

Incontables druidas habían muerto de manera atroz y muchos highlanders habían sido llevados ante ella para que liberaran a su dios. Si no albergaban un dios en su interior, los mataba.

Incluso ahora, Hayden podía percibir el hedor a muerte e injusticia que impregnaba la montaña, todavía podía sentir la impotencia que se había instalado pesadamente sobre sus hombros cuando lo habían encerrado en una de las prisiones.

Él había sido uno de los afortunados. Se había liberado y había escapado, decidido a luchar contra Deirdre y su intento de controlar el mundo.

—¿Por qué iba nadie a quedarse ahí dentro? —murmuró Hayden sintiendo que la desazón le recorría la espalda. Cerró los puños con fuerza y se obligó a continuar y no ceder al impulso de alejarse de la montaña maligna.

El highlander se rascó la mandíbula, pensativo.

—No lo sé, pero merece la pena que echemos un vistazo. Nosotros liberamos a esa gente y somos responsables de asegurarnos de que regresen a sus casas.

Hayden consideró las palabras de Fallon.

—Puede que no quieran nuestra ayuda. Después de todo, somos guerreros. Puede que no vean la diferencia entre nosotros y los guerreros que se aliaron con Deirdre.

—Es cierto. Aun así, debo comprobarlo. Solo me retuvieron unos días en la montaña, así que no tengo tantos recuerdos como tú.

Hayden no quería entrar en Cairn Toul, pero lo haría.

—No tengo miedo.

Fallon le puso una mano a Hayden en el hombro y lo miró a los ojos.

—Yo nunca pensaría eso, amigo mío. Aunque no te haré sufrir. —Dejó caer el brazo y sonrió—. Además, quiero volver con Larena lo más pronto posible. Puedes echar un último vistazo a la ladera mientras yo entro.

Antes de que Hayden pudiera protestar, Fallon ya se había marchado. Usó el poder que su dios le daba para «saltar» dentro de la montaña en menos de lo que duraba un parpadeo. Aunque Fallon no podía saltar a ningún sitio en el que no había estado antes, el uso de su poder los había salvado en incontables ocasiones.

Todos tenían diferentes habilidades. A Hayden, Ouraneon, el dios de la masacre que habitaba en su interior, le daba la capacidad de invocar y controlar el fuego. También había otras diferencias. Cada dios tenía un color, así que cada guerrero se volvía de ese color cuando liberaba a su dios.

A pesar de todas las diferencias, había muchas cosas que tenían en común, como la fuerza, la velocidad y los sentidos agudizados, así como garras mortíferas y afilados colmillos. Sin embargo, lo más inquietante era que sus ojos cambiaban y pasaban a ser del mismo color que su dios.

A Hayden le había costado mucho acostumbrarse a eso. Aunque no había visto sus propios ojos, podía imaginarse qué aspecto tenía cuando el blanco de los ojos desaparecía y se volvía rojo.

Hayden se había rebelado contra el dios que llevaba dentro y había luchado contra él. Sin embargo, ese mismo dios le había permitido derrotar a Deirdre. Con ella muerta y su familia masacrada por un drough enviado por Deirdre, al guerrero no le quedaba nada por hacer en este mundo.

Durante muchos años había vagado por Escocia, viendo cómo cambiaba el mundo mientras él perseguía a los drough. Mientras lo torturaba día tras día, Deirdre se había burlado de él contándole que había enviado a un druida a matar a su familia. Así que él luchó contra Deirdre a la vez que se vengaba de los drough.

Ahora, no había lugar para él en ese nuevo mundo. No había lugar para él en ninguna parte.

Continuó recorriendo la montaña en busca de alguien que aún estuviera vivo mientras pensaba en cuál sería su siguiente movimiento. Se había quedado en Escocia por Deirdre y para llevar a cabo su venganza, pero ahora tal vez debería viajar y conocer los diferentes países de los que otros hablaban.

Se apoyó contra un pedrusco y se pasó la mano por el pelo húmedo. Aunque nevaba con más intensidad y los copos eran espesos y pesados, eso no dificultaba su visión superior. Se le quedaban pegados a las pestañas y lo cubrían todo con una deslumbrante manta blanca.

Pasaron las horas y Hayden solo encontró muertos. El hecho de que fueran sobre todo druidas hacía que los descubrimientos fueran más difíciles de soportar. Aunque los druidas tenían magia, eran sensibles a los elementos como cualquier humano y, gracias a la afición de Deirdre por matarlos, cada vez escaseaban más.

Oyó que Fallon gritaba y supo que ya era hora de regresar al castillo MacLeod. Empezaba a darse la vuelta cuando algo llamó su atención.

Se detuvo y entornó los ojos cuando una ráfaga de viento levantó del suelo un mechón de cabello largo y negro. Aunque sabía que lo más probable era que la mujer estuviera muerta, se apresuró a llegar a su lado con la esperanza de abandonar la montaña con al menos una persona viva. Vio un charco de sangre fresca en la nieve y eso le hizo pensar que podría seguir con vida.

—¡Fallon! —gritó mientras apartaba con las manos la nieve y el hielo que rodeaban el cuerpo, pequeño y demasiado delgado.

La mujer estaba tumbada boca abajo, con un brazo doblado y la mano cerca de la cara. El enmarañado cabello de color ébano le ocultaba los rasgos. Sus dedos eran muy delgados y estaban clavados en la nieve, como si hubiera intentado arrastrarse.

Hayden solo podía imaginarse el dolor que habría sufrido, la tortura que Deirdre le habría infligido. Contuvo la respiración mientras ponía un dedo debajo de su nariz y notó un poco de aire.

Al menos se marcharían de aquella montaña maldita con una vida. Se inclinó hacia ella y se detuvo. No quería hacerle daño, pero había pasado tanto tiempo desde que había tratado a alguien con suavidad que no estaba seguro de cómo hacerlo. Lo único que conocía era la batalla y la muerte.

Tal vez debería dejar que Fallon la cuidara. Sin embargo, en cuanto ese pensamiento se coló en su mente, lo rechazó. Él la había encontrado y se haría cargo de ella. No sabía por qué, solo sabía que era importante para él.

Resopló y, despacio, puso con firmeza las manos sobre el cuerpo de la mujer y le dio la vuelta con suavidad. Un brazo cayó a un lado, sin vida e

inerte. Sintió que el desasosiego se instalaba en su interior como si fuera una piedra.

Cambió de posición para inclinarse sobre ella, protegiéndola de la ventisca. Cuando la tuvo en sus brazos, le apartó el pelo de la cara y vio que tenía unas pestañas negras increíblemente largas salpicadas de nieve helada.

Sintió que algo cambiaba en su interior cuando vio que su rostro estaba pálido como la muerte, aunque bajo los arañazos, la sangre seca y el hielo pudo ver su belleza, su encanto intemporal.

Tenía los pómulos altos y una nariz pequeña y respingona. Sus cejas eran tan negras como el cielo a medianoche y formaban un arco perfecto sobre sus ojos. Sus labios eran carnosos, sensuales, y su cuello, largo y esbelto.

Sin embargo, fue su piel de alabastro, impecable y perfecta, lo que le hizo inclinarse y acariciarle la mejilla con el dorso de un dedo.

Una sacudida de algo primitivo y urgente le atravesó el cuerpo, como si fuera un relámpago. No podía dejar de mirarla ni de tocarla.

Su cuerpo se esforzaba por respirar, por vivir, demostrando que era una luchadora. Incluso con los elementos en su contra, no se rendía.

En ese momento se rompió algo en el interior de Hayden. No había podido salvar a su familia ni a los numerosos druidas que habían muerto en Cairn Toul; sin embargo, salvaría a aquella mujer, fuera quien fuera.

La necesidad de protegerla lo invadió. Había pasado tanto tiempo desde que se había sentido protector con alguien o con algo que casi no reconoció la sensación. Sin embargo, ahora que lo había hecho, el sentimiento se hacía más fuerte con cada segundo que la sostenía entre sus brazos.

Se aseguraría de que sobreviviera y de que estuviera siempre protegida. Aunque eso no le devolvería la vida a su familia, ni a los druidas, tenía que hacerlo.

Se descubrió deseando que abriera los ojos para ver cómo eran. Quería darle su juramento en ese mismo instante, quería que supiera que lucharía por ella. Sin embargo, la mujer yacía inconsciente en sus brazos.

La promesa tendría que esperar, pero nada evitaría que se comprometiera con ella.

—¿Está viva? —preguntó Fallon.

Hayden levantó la mirada, sorprendido al encontrar a Fallon tan cerca cuando no lo había oído acercarse. Eso no era propio de él, aunque claro, nunca antes había tenido a una mujer tan encantadora entre sus brazos, especialmente a una que lo necesitaba tanto.

—Apenas. Está sangrando mucho y no sé dónde está la herida.

—A juzgar por la sangre que tienes en la mano, yo diría que en la espalda.

Hayden miró la mano que la sostenía e hizo una mueca. No le pareció que contaran con mucho tiempo para salvarla. Por primera vez en... muchísimo tiempo, la necesidad de defender y proteger a alguien lo consumía y lo impulsaba.

—Está temblando.

—Entonces, saquémosla de aquí —contestó Fallon.

Hayden levantó el pequeño cuerpo. Era ligera, aunque a través de la ropa pudo sentir las curvas suntuosas que la proclamaban como mujer. Asintió con la cabeza hacia Fallon y esperó. Fallon le puso una mano en el brazo y al segundo siguiente estaban en el enorme salón del castillo MacLeod.

—¡Por el amor de Dios! —exclamó alguien ante su repentina aparición en el castillo.

—¡Sonya! —bramó Fallon.

Aunque en el salón había un enjambre de guerreros, Hayden solo tenía ojos para la mujer. Quería, no, necesitaba que sobreviviera, y se sorprendió al encontrarse rezando, algo que no había hecho desde antes de que asesinaran a su familia. Decidió en ese preciso momento que la protegería con su vida.

Sentía la calidez pegajosa de la sangre que le empapaba la mano y le recorría el brazo hasta llegar al codo, desde donde goteaba al suelo de piedra. La mujer respiraba de manera irregular y su cuerpo estaba tan quieto que Hayden habría pensado que estaba muerta si no hubiera visto que su pecho subía y bajaba lentamente, aunque con constancia.

—¡Sonya, date prisa! —gritó Hayden. El pensamiento de sostener otro cuerpo sin vida entre sus brazos hizo que se le acelerara el corazón con terror.

La muerte lo rodeaba, siempre lo había hecho y lo más probable era que siempre lo hiciera. Sin embargo, ahora quería que esa mujer viviera, fuera quien fuera.

Se escuchó un aleteo cuando Broc aterrizó en el gran salón, con Sonya en brazos. Broc plegó a los costados sus enormes alas, elegantes y de color índigo, dejó a Sonya en el suelo, inmovilizó a su dios y volvió a la normalidad.

Sonya no dijo nada mientras se apresuraba a llegar junto a Hayden. La gruesa trenza con la que recogía su cabello le caía por la espalda y algunos mechones de pelo le enmarcaban el rostro.

—Ponla en la mesa —le ordenó.

A pesar de que Hayden no quería soltar a la mujer, sabía que no tenía otra opción si quería que sobreviviera. La miró, observó sus labios entreabiertos y su rostro etéreo.

—Está fría.

—Haré que entre en calor en cuanto la sane —replicó Sonya, y sus ojos de color ámbar se posaron en los suyos—. Déjame que la sane, Hayden.

Quinn dio un paso hacia la mesa.

—Broc...

—Lo sé —contestó Broc.

Hayden miró a los dos guerreros y vio que ambos observaban a la mujer que aún tenía en brazos. Había algo en su tono de voz, algo que debería haber reconocido, pero solo podía concentrarse en la desconocida.

Se obligó a mirar a Sonya.

—Creo que la herida está en la espalda.

—Entonces, tumbala boca abajo —contestó la sanadora mientras se remangaba.

—Os ayudaré —dijo Cara, la esposa de Lucan.

Hayden la miró. Habían tenido sus diferencias y, en cierto sentido, todavía las tenían, ya que Cara llevaba sangre drough en las venas. A pesar de que no había pasado por el ritual, para Hayden era suficiente para querer verla muerta.

Solo la dejaba tranquila por respeto a los MacLeod. Aun así, lo irritaba tenerla cerca. El mal llamaba al mal y solo era cuestión de tiempo que se llevara a Cara.

Lo siguiente de lo que se dio cuenta fue de que las otras dos mujeres del castillo, Marvail y Larena, también estaban allí. Todas eran druidas excepto Larena. Esta última era la única guerrera, y además tenía el honor de ser la esposa de Fallon.

A decir verdad, la única mujer que no estaba emparejada con un MacLeod era Sonya, y Hayden se había dado cuenta de cómo Broc observaba a la druida cuando pensaba que nadie lo miraba.

—Necesito que le cortéis el vestido —dijo Sonya.

Hayden no dudó en dejar que una garra roja surgiera de uno de sus dedos. Rasgó el vestido de la mujer con un solo movimiento y cuando la prenda se abrió para revelar la espalda, todos en la estancia contuvieron la respiración. A Hayden se le hizo un nudo en el estómago y sintió que se le helaba la sangre en las venas.

—Cielo santo —murmuró Quinn, y se tapó la boca con una mano.

A Hayden no se le ocurrió nada que decir mientras miraba las cicatrices que atravesaban la espalda esbelta de la mujer que yacía sobre la mesa. Fuera quien fuera, había sufrido mucho y horriblemente. Y a menudo. Si antes se había sentido protector hacia ella, no era nada comparado con el sentimiento que se apoderó de él en ese momento.

Encontraría a los que le habían hecho aquello y les haría sufrir de la misma manera. Después, los mataría.

Sin embargo, fue la herida que tenía en el hombro lo que captó su atención. —¿Qué le ha ocurrido?

Sonya se acercó un poco más y observó la herida sangrante.

—Parece hecha por algún tipo de espada. Tengo que limpiarla bien para estar segura, pero por lo que puedo ver, creo que el arma le perforó la piel y después la arrastraron hacia abajo, hacia el omóplato.

Enseguida le llevaron un cuenco con agua. Sonya escurrió un paño y empezó a limpiar la herida de la mujer. Algunos angustiosos segundos después, levantó la cabeza. Tenía los labios apretados en una fina línea.

—En esta herida ha intervenido la magia. No sé si ha sido la causante o si solo ha provocado la infección.

Lucan y Fallon se movieron hasta colocarse uno a cada lado de Quinn, que estaba a los pies de la mujer. Broc también se había puesto más cerca de Sonya. En ese momento Hayden paseó la mirada por el salón y vio que todos los guerreros en el castillo MacLeod observaban a la moribunda con atención.

Miró a Quinn y vio que el MacLeod más joven lo observaba con intensidad, clavando en él sus ojos de color verde claro. Antes de que pudiera preguntarle por qué lo miraba, la mujer emitió un débil gemido de sufrimiento y agonía.

Sonya se quedó quieta. Un segundo después lanzó el paño al suelo y levantó las manos sobre la herida, con las palmas hacia abajo y los dedos separados. Cerró los ojos y Hayden sintió que su magia llenaba el salón mientras empezaba a curar la herida.

Cara y Marcaïl unieron su magia a la de Sonya. Sin embargo, nada de lo que hacían parecía sanarla. La mujer gritó e intentó bajarse de la mesa.

Hayden la sujetó, con cuidado de no tocar la herida, aunque cuanto más magia usaban las druidas, más empeoraba la mujer. El guerrero sintió que lo invadía la frustración mientras veía impotente cómo sufría.

—¿Qué le estáis haciendo? —le preguntó a Sonya.

La druida abrió de repente sus ojos de color ámbar y lo miró. Se inclinó hacia delante, cogió los brazos de Cara y de Marcaïl y los bajó. En cuanto lo hizo, la mujer dejó de moverse y se quedó tumbada, muy quieta.

Era como si estuviera muerta, aunque Hayden todavía podía ver que respiraba y que de la herida manaba sangre.

—Algo no va bien —dijo Sonya.

Marcaïl sacudió la cabeza y las finas trenzas negras de su peinado le golpearon suavemente las mejillas.

—Es como si luchara contra nuestra magia.

—¿Qué puede provocarlo? —preguntó Cara. Sus ojos de color caoba miraron a Sonya, pero esta no contestó.

En lugar de responder, apartó del cuello de la mujer los mechones enmarañados, negros como el ébano. Con movimientos lentos, tiró de la fina correa de cuero hasta encontrar lo que buscaba.

Hayden le echó una mirada al Beso del Demonio que colgaba de los dedos de Sonya y sintió la misma traición y la misma furia que había sentido la noche que asesinaron a su familia.



—Tranquilo, Hayden —dijo Quinn.

Hayden giró la cabeza hacia los MacLeod y sintió que lo consumía una sensación helada de pavor al mirar a los hermanos.

—Lo sabíais, ¿verdad? ¿Sabíais quién era, lo que era?

—Sí —respondió Quinn—. Antes de que condenes a Isla, debes saber que Deirdre mantuvo a su hermana y a su sobrina prisioneras en Cairn Toul.

Sin embargo, lo único en lo que Hayden podía pensar era en el Beso del Demonio que Isla llevaba alrededor del cuello. Era un pequeño frasco de plata que contenía las primeras gotas de sangre de un druida tras completar el ritual para convertirse en un drough que servía a diabhul.

Un drough. Por ellos Hayden había recorrido toda Escocia, para matarlos.

Los druidas nacían con magia pura, una magia que contenía todo lo bueno y lo correcto. Sin embargo, algunos querían más magia de la que poseían los mie. Esos druidas se volvían contra el bien que tenían en su interior y se convertían en drough.

Hayden bajó la vista hacia Isla, la mujer a quien casi había jurado que protegería. Tenía el rostro vuelto hacia él, lleno de arañazos en las mejillas y en la frente. ¿Cómo era posible que hubiera querido salvaguardarla?

—Es una drough.

Hayden escupió la palabra como si fuera lo más repugnante que se hubiera encontrado en toda su vida y, aparte de Deirdre, así era.

Los drough solo servían a la muerte. No debería estar permitido que algo tan inmoral viviera.

Broc cruzó los brazos sobre el pecho.

—No sabes nada de Isla, Hayden.

—Sé todo lo que hay que saber.

—¡Ya basta! —bramó Fallon antes de que se enzarzaran en una discusión—. Sonya, ¿puedes usar el Beso del Demonio de Isla para curarle la herida? Me gustaría hablar con ella.

Hayden apretó los puños con fuerza para obligarse a no quitarle el frasco a Sonya de las manos y arrojarlo lejos para siempre. La sangre que contenía podía curar las heridas de un drough al instante, o matar a un guerrero. Había algo en la sangre de un drough que era veneno para los guerreros.

Como si Sonya supiera lo que estaba pensando, agarró el frasco con firmeza y lo miró. Hayden no quería hacerle daño a Sonya, así que se limitó a observarla mientras descorchaba el frasco de plata y lo inclinaba sobre la herida de Isla.

No salió nada.

—Está vacío. —Sonya miró primero a Quinn y, luego, a Broc—. No queda nada.

Lucan se pasó una mano por la cara y soltó el aire con brusquedad.

—Mirad sus cicatrices. Yo diría que ha tenido que usar el Beso del Demonio muchas veces.

—No hay tanto en los frascos —dijo Cara mientras tocaba con los dedos el Beso del Demonio que ella también llevaba alrededor del cuello.

Hayden tuvo que recordarse que Cara no era una drough, que el collar que llevaba era de su madre. El impulso que lo había llevado a matar a todos los drough tras el asesinato de su familia volvió a arder en su interior. Allí había una drough sobre la mesa y otra mujer que llevaba sangre drough alrededor del cuello. Podría matarlas a ambas en cuestión de segundos.

Sin embargo, si lo hacía se quedaría sin el primer hogar que había tenido desde que había perdido el suyo. Perdería a los hombres a los que llamaba amigos, hermanos. Bajó la mirada hacia los mechones negros como la medianoche de Isla e intentó calmar la rabia que lo invadía.

—Sánala, Sonya —ordenó Fallon—. A pesar de que sirviera a Deirdre y de que sea una drough, no permitiré que muera en mi castillo.

Hayden ya había visto suficiente. Aunque había encontrado a Isla y la había llevado al castillo, no se quedaría para ayudarlos a curarla. Una vez que el mal se instalaba en un drough, nunca se marchaba.

Había empezado a darse la vuelta cuando Isla se tensó y dejó escapar un grito atormentado que hizo que incluso Hayden sintiera una sacudida. Empezó a temblar en la mesa y más sangre manó de la herida.

—¿Qué ocurre? —preguntó Fallon.

Sonya se encogió de hombros. En su mirada se reflejaban la confusión y la impotencia—. No tengo ni idea.

—Dejadme a mí —dijo Galen.

El guerrero con cabello rubio oscuro caminó hasta la cabecera de la mesa y posó una mano en el cráneo de Isla. Casi inmediatamente la apartó con un silbido. Su rostro había perdido el color.

Se detuvo unos instantes y apretó los labios.

—Sujetadla.

Quinn agarró a Isla por los tobillos.

—¿Qué has visto?

Galen negó con la cabeza y volvió a poner la mano sobre el cráneo de Isla.

Broc, Quinn, Fallon y Lucan la sujetaban. Solo Hayden se negaba a tocarla. Empezaba a apartarse para que otro guerrero pudiera ayudar a Galen cuando este puso su otra mano en su propia cabeza.

En un abrir y cerrar de ojos, Hayden se encontró viendo imágenes proyectadas en su mente de Isla, a la que Deirdre golpeaba y azotaba de una manera que habría hecho que la mayoría de los hombres rogaran por sus vidas. Deirdre se ensañaba con la tortura y su risa resonaba en la mente de Hayden mientras acuchillaba a Isla en la espalda una y otra vez, dejándola empapada en sangre.

Isla lo soportaba todo. Su cuerpo se movía con el impacto de los golpes y su cara no reflejaba ninguna emoción, ni siquiera cuando los cortes penetraban los músculos y llegaban a los huesos.

Entonces Hayden vio que Deirdre ponía una mano sobre el pecho de Isla y a esta la tragaba una nube negra. La nube la ahogaba, le desgarraba el alma y hacía que viera a gente torturada cuyos horribles gritos resonaban en su mente.

Las imágenes hicieron que Hayden cayera de rodillas y se quedó al mismo nivel que unos sorprendentes ojos de color azul celeste que lo miraban.

—Acaba con esto —susurró Isla—. Por favor, córtame la cabeza.

Sin saber si era real o no, Hayden apartó la mano de Galen de su propio cráneo, pero Isla seguía mirándolo.

—Por favor —le rogó con voz quebrada y ojos suplicantes—. Debes matarme ahora.

Eso era lo que debería hacer. Era una drough y los drough debían morir. Sin embargo, por mucho que le suplicara con sus fascinantes ojos azules, Hayden no conseguía hacerlo.

¿Era por lo que Galen le había mostrado o por la súplica que había en la voz de la mujer? Fuera lo que fuera, supo que él no podía ser el que acabara con su vida.

Sonya intentó una vez más curar a Isla, y en esa ocasión Hayden le agarró un brazo cuando ella comenzó a resistirse. Isla luchaba con todas sus fuerzas, pero estaba muy débil por la herida. Cuanta más magia vertía Sonya en Isla, más crecía la mezcla de preocupación y terror que sentía Hayden.

Isla gritaba palabras que el guerrero no podía comprender porque el dolor las hacía confusas. Por mucho que la sujetaban, ella intentaba liberarse.

Pareció pasar una eternidad y el salón se llenó de magia antes de que por fin la mujer cerrara los ojos y volviera a quedarse inconsciente. Hayden se sorprendió al encontrar una mano de Isla fuertemente agarrada a su brazo. Las uñas se le habían roto y se le clavaban en la piel del antebrazo.

—¿Todavía quieres matarla? —preguntó Galen con tono seco y cargado de furia—. Después de haber visto lo que hay en su mente, ¿sigues creyendo que merece morir?

Hayden no se molestó en responder. No estaba seguro de poder hacerlo. Su necesidad de protegerla luchaba contra el sentimiento que pedía justicia por la muerte de su familia. Aún no había decidido lo que haría.

Al mirar el hombro de Isla vio que la herida se había curado, aunque no como debería. Ya no estaba abierta ni manaba sangre de ella, sin embargo tampoco estaba totalmente curada.

—La drough se ha resistido a la magia de Sonya —dijo Broc rompiendo el silencio.

Quinn negó con la cabeza.

—¿Por qué lo haría?

—Me ha pedido que la mate —intervino Hayden. Seguía arrodillado y su cara estaba al mismo nivel que la de Isla. Aunque intentó apartar la mirada, se sintió cautivado por su inquietante belleza. Su petición lo había trastornado. Se sentía muy agitado porque había visto en sus ojos que se lo había pedido en serio. ¿Por qué querría morir?—. Me ha dicho que tenía que morir y acabar con todo.

—La hemos oído —dijo Fallon. Suspiró y miró a Larena—. ¿Tenemos alguna alcoba libre?

Hayden se puso en pie de un salto. Desde que Deirdre había destruido las casas que ellos habían construido, todos se alojaban en el castillo y ya no tenían espacio.

—Dadle la mía —dijo Hayden rápidamente, antes de que le diera tiempo a cambiar de opinión.

Puso los ojos en blanco cuando todos lo miraron.

—No puede quedarse en la mesa, y todas las alcobas están llenas.

Fallon asintió levemente con la cabeza.

—Que lo hagan.

Sonya le hizo un gesto a Broc, que hizo rodar con delicadeza a Isla sobre su espalda y la levantó en brazos. A Hayden no le agradó descubrir que él deseaba ser el que llevara a Isla. Que la necesidad de golpear a Broc para poder tocarla lo había hecho ponerse de pie con los puños apretados. Era ridículo. Era una drough.

—¿Estás bien?

Hayden se giró y vio que su mejor amigo, Logan, estaba a su lado. Logan los hacía reír a todos, siempre hacía bromas y sonreía. Pero en aquel momento no; era preocupación lo que reflejaban sus ojos de color avellana.

—Sí, amigo mío —mintió. Intentó no mirar a Broc mientras se llevaba a Isla, pero no lo consiguió. Odiaba la lucha que se estaba produciendo en su interior. Debería ser fácil. Isla era una drough, y por eso debería morir.

Entonces, ¿por qué no podía matarla?

Logan se acercó hasta quedarse frente a él.

—¿Qué has visto cuando Galen te puso la mano en la cabeza?

Los otros guerreros lo rodearon. Parecía que todos querían enterarse. Él tragó saliva y, aunque intentó formar las palabras, no pudo. A pesar de todo lo que había presenciado en sus ciento ochenta años de inmortalidad, lo que había visto en la mente de Isla lo había horrorizado.

Ver a un hombre sufrir ese tormento era una cosa, y saber que se le había infligido a una mujer, a la que los hombres de su familia deberían haber cuidado y protegido, lo asqueaba.

—Horrores que no podríais ni imaginar —contestó Galen al ver que Hayden no podía hacerlo—. Isla ha sufrido enorme y repetidamente a manos de Deirdre, y Hayden y yo podemos atestiguarlo.

Lucan se apoyó en la mesa y tamborileó sobre ella.

—Y aun así, sirvió a Deirdre.

—¿De verdad lo hizo? —preguntó Quinn. Frunció el ceño y cruzó los brazos sobre el pecho—. No estoy seguro. Hubo ocasiones en las que pensé que podría estar intentando ayudarme en Cairn Toul. Por cómo hablaba a veces, como si sus palabras tuvieran un significado oculto, como si estuviera intentando decirme algo.

Se oyó un bufido desde el fondo del salón. Hayden se volvió y vio a uno de los gemelos, Duncan, de cabello castaño largo, apoyado contra el muro, tallando un trozo de madera.

—Recordad —Quinn ignoró a Duncan y siguió hablando— que todos vimos a la hermana de Isla en las llamas azules, atada y usada por Deirdre. Y aunque ninguno de vosotros la visteis, estaba la sobrina de Isla, cuya magia usó Deirdre para mantenerse joven.

Fallon fue hasta donde estaba Larena, su esposa, y le rodeó los hombros con un brazo.

—Entré en la montaña para buscar supervivientes que no se hubieran marchado. Encontré una niña. Estaba muerta, todavía tenía la daga clavada en el estómago.

—Aunque no le deseo a ningún niño la muerte, Deirdre la había corrompido —dijo Quinn—. Probablemente esté mejor muerta.

Larena se humedeció los labios y miró a Fallon.

—¿Y ahora, qué? Cuando Isla esté curada, ¿qué vamos a hacer con ella?

—La haremos prisionera, como hizo con todos nosotros —respondió Duncan.

Antes de que pudiera seguir hablando, su gemelo, Ian, le puso una mano en el hombro.

—No fue Isla quien nos capturó. Fue Deirdre, y está muerta.

—No permitiré que sea una prisionera —afirmó Larena antes de que Duncan comenzara a discutir con su gemelo.

Fallon negó con la cabeza.

—No, no encerraremos a Isla. La curaremos y dejaremos que siga su camino.

Hayden intentó apartar de su mente los ojos de color azul hielo, inquietantemente hermosos, de Isla, pero no pudo. Quería verla de nuevo y asegurarse de que eran de ese color. Y de su vulnerabilidad.

—¿Qué ocurrió en Cairn Toul? —les preguntó Lucan a Hayden y Fallon.

Hayden se sentó en un banco con la espalda apoyada contra la mesa y escuchó solo a medias lo que Fallon les contaba a los otros sobre su búsqueda en la montaña.

—Y entonces los traje aquí —terminó de relatar este—. El resto ya lo sabéis.

Quinn dejó escapar el aire con fuerza.

—Tenía la esperanza de que no encontrarais a nadie porque todos hubieran logrado escapar, aunque esperaba que estuvieran vivos si seguían en la montaña.

—Hacía demasiado frío —dijo Hayden, recordando los mechones helados de color ébano de Isla.

Mientras los hermanos MacLeod se reunían y empezaban a hablar en susurros, Hayden enarcó una ceja al ver que Galen y Logan se sentaban junto a él, cada uno a un lado.

Él no era el tipo de hombre que quería ni necesitaba compañía. De hecho, lo que deseaba era estar a solas con sus pensamientos, en especial con los que en ese momento batallaban en su interior. Así había vivido mucho tiempo, e incluso estando en el castillo MacLeod con los otros guerreros, a veces ese impulso lo obligaba a abandonar el castillo.

Aunque nunca se iba lejos, el simple hecho de estar a solas lo ayudaba.

—No me voy a disculpar por obligarte a echar un vistazo a la mente de Isla —dijo Galen tras unos momentos de silencio.

Hayden se encogió de hombros.

—No te he pedido ninguna disculpa.

Logan ladeó la cabeza y entrecerró los ojos.

—Ni te imaginas la cara que pusiste cuando descubriste que era una drough. Por un momento, pensé que la matarías ahí mismo.

¿Acaso creían que era un monstruo? Hayden tomó aire con cansancio. Sí, debía de ser una bestia, porque no podía negar que se le había pasado por la mente matarla, ni que todavía lo pensaba. Después de todo, ella se lo había pedido.

¿Cómo podía olvidar que era una drough cuando había sido uno de ellos el que había masacrado a su familia, a todos y cada uno de sus miembros?

—Yo no asesino a la gente —dijo Hayden—. A los drough les doy la oportunidad de luchar antes de matarlos.

Logan se inclinó hacia delante, hasta poner los codos sobre las rodillas.

—No te culparía por querer matarla. Como dijiste, es una drough. Y sé por qué los odias tanto.

Logan era una de las pocas personas en las que Hayden había confiado y que sabían por qué su desprecio era tan profundo. Deirdre le había arrebatado algo a cada guerrero, así que Hayden no esperaba un trato especial por el rencor que sentía.

Galen se puso de pie.

—No conozco tus razones, Hayden, pero puedo adivinarlas. Si alguna vez quieres tener un futuro, debes dejar ir el pasado.

Cuando el guerrero se hubo marchado, Logan giró la cabeza hacia Hayden.

—¿Estarías aquí sentado si Isla no fuera una drough?

Hayden enarcó una ceja.

—¿Qué?

—Es una pregunta muy sencilla. Me di cuenta de lo protector que te mostrabas con ella. Te lo voy a preguntar de nuevo. ¿Estarías aquí sentado si Isla no fuera una drough?

Hayden sacudió la cabeza, incapaz de negar la respuesta.

—No lo creo.—Logan se incorporó y se frotó los muslos con las manos—. Arran dijo que era hermosa.

Arran también lo sabría. Ian, Duncan y él habían estado encerrados en la montaña de Deirdre junto con Quinn. Los cuatro guerreros habían creado un fuerte vínculo durante aquellas espantosas semanas en el foso.

Hayden había creído que su tormento se había acabado al morir Deirdre; sin embargo, la presencia de una drough, aunque fuera una que se había visto obligada a servir a Deirdre, ponía a prueba su cordura.



Hayden estaba en un rincón de su alcoba. Aunque se había dicho a sí mismo que era mejor mantenerse alejado, que Isla no le importaba, la curiosidad que sentía por la mujer lo había vencido. Y Fallon había requerido su presencia, no sabía por qué.

Isla se revolvió en la cama, con su cabello negro enredado alrededor de la cabeza y de la cara. Ardía de fiebre. Tenía el cuerpo encendido y la piel le brillaba por el sudor, pero él sospechaba que no era eso lo que hacía que mascullara incoherencias en sueños, porque el miedo se reflejaba en su rostro ovalado.

—No lo entiendo —dijo Cara, que estaba junto a Lucan. Tenían las cabezas juntas—. ¿Por qué no la ha curado nuestra magia? He visto a Sonya sanar heridas más graves.

Sonya se puso la gruesa trenza sobre el hombro sin dejar de mirar a Isla.

—Ha luchado contra nuestra magia. Es como si no quisiera que la curáramos.

—Le pidió a Hayden que la matara —dijo Fallon.

Marcaïl se sentó junto a la cama y le pasó a Isla una vez más un paño húmedo por la frente.

—Está sufriendo mucho. Puedo sentir el terror en su interior.

Hayden vio que Quinn se acercaba a su mujer, aunque no fue lo suficientemente rápido. Marcaïl tocó a Isla con la mano y en cuestión de segundos todos vieron que la rigidez abandonaba el cuerpo de Isla.

—Maldita sea, Marcaïl —dijo Quinn mientras se arrodillaba y apretaba a su mujer contra él. Ella se arrebujo a su lado.

Antes de que Marcaïl pudiera responder, se inclinó hacia delante y vomitó en un cubo. Cuando terminó y Quinn volvió a abrazarla, tenía el rostro ceniciento y el sudor le perlaba la frente.

A pesar de que Isla había suplicado que la mataran y había luchado contra la curación, Marcaïl había usado su magia para trasladar las emociones de

Isla a su propio cuerpo. Era el don que tenía como druida. Podía apropiarse de las emociones de los demás aunque, cuanto más intensas eran, más enfermaba ella.

Quinn la abrazó con dulzura mientras su cuerpo sufría los efectos.

—¿Por qué? —le preguntó a su esposa.

—Podía ayudarla. ¿Por qué no iba a hacerlo? Ella no nos hizo ningún daño cuando estuvimos en la montaña de Deirdre. Ni una sola vez.

—¿Es muy grave?

Marcaïl tragó saliva y cerró los ojos.

—Es espantoso. No he sentido nada tan horrendo en toda mi vida. Ni siquiera cuando liberé a Duncan de su dolor. No sé cómo puede seguir viva.

Hayden vio un pequeño movimiento en la cama y le dio un codazo a Fallon.

—Se está despertando.

Isla sabía que era un sueño, pero no le importaba. Estaba otra vez con Lavena, su hermana. Y tenía en brazos a la niña más preciosa del mundo: Grania, su sobrina.

Los frondosos bosques de su hogar la rodeaban, ofreciéndole consuelo y belleza. Como druida, amaba la naturaleza y, cuanto más cerca estaba de ella, más fuerte se hacía su magia.

El cielo estaba claro, los pájaros volaban de rama en rama y sus canciones llenaban el aire. Los aromas de pino, roble, helecho y brezo se mezclaban y formaban el olor a bosque que le resultaba tan familiar. Isla podría quedarse allí para siempre.

Sin embargo, como ocurría siempre, el hermoso día se volvió sombrío con la llegada de los mercenarios. La risa de Grania se transformó en chillidos de pánico cuando la arrebataron de los brazos de Isla.

Aunque luchó para alcanzar a su sobrina, los hombres eran demasiado fuertes y se reían de sus esfuerzos. Lavena le gritaba que cogiera a Grania e Isla no podía hacer nada contra los fuertes brazos que la retenían.

A pesar de que consiguió soltarse e intentó alcanzar a Grania, un puño carnoso la golpeó violentamente en la cara, deteniéndola en seco. Después los tres hombres se separaron e Isla sintió pavor. No por ella, sino por su hermana y Grania.

El sueño volvió a cambiar y se hizo más oscuro y siniestro mientras la llevaban al infierno, a la guarida de Deirdre en la montaña. Estaba rodeada de un espeso humo negro en el que el mal era palpable. El vapor empezó a tragársela.

Y entonces, el sueño se esfumó. Por un momento Isla no hizo nada, simplemente se quedó tumbada, sin saber muy bien lo que había ocurrido. No sabía dónde estaba. La angustia de sus sueños había desaparecido. Sin embargo, el terror todavía la invadía.

De repente, recordó los serios ojos negros que la habían mirado cuando suplicó que la mataran. Evidentemente, el hombre rubio no había cumplido sus deseos.

Intentó tragar saliva y sintió que la garganta áspera se rebelaba ante el esfuerzo. El cuerpo le ardía por la fiebre y la piel le picaba por el sudor, pero al menos ya no estaba entre nieve y hielo.

Enseguida se dio cuenta de que no estaba sola. Abrió de repente los ojos y se encontró mirando a Fallon y Lucan MacLeod, que estaban a los pies de la cama.

Apartó las mantas y se lanzó hacia la puerta que había visto a su izquierda. Al instante, un dolor atroz la atravesó, pero había soportado cosas mucho peores durante los años que había pasado en Cairn Toul e ignoró el grueso manto de sufrimiento.

¡Tenía que alejarse de ellos, huir de todos antes de que fuera demasiado tarde! Solo había dado unos cuantos pasos cuando un enorme hombre rubio se detuvo ante la puerta, cortándole el paso.

Ella se detuvo en seco. Sentía que el cuerpo le dolía con cada respiración. Con manos temblorosas se apartó de la cara los mechones de cabello que se le pegaban a la piel sudorosa para ver mejor. Recorrió rápidamente la alcoba con la mirada y vio a cinco hombres y tres mujeres observándola. Volvió a fijar su atención en el gigante rubio.

Él se mantenía en silencio, casi diría que relajado, aunque esa actitud no la engañó. Tenía el aspecto de un guerrero, endurecido por la batalla y dispuesto a todo, en cualquier momento.

—Dejad que me vaya —les pidió a todos los que había en la estancia.

—Isla, estás herida.

Ella parpadeó y fijó la mirada en el hombre que había hablado.

—¿Broc?

¿Acaso el guerrero alado se había unido a los MacLeod? No le sorprendía.

—Sí, soy yo —dijo con voz muy suave, como si estuviera hablando con alguien retrasado—. Tienes que descansar.

Isla negó con la cabeza y se arrepintió al instante, cuando la estancia comenzó a girar. Dio un paso atrás y se topó con la pared. Se le revolvió el estómago y clavó los dedos en la piedra para mantener el equilibrio. Estaba muy débil y no sabía cuánto tiempo más podría permanecer de pie antes de que se le agotaran las pocas fuerzas que le quedaban.

—Tenéis que dejar que me vaya —jadeó—. Ahora. No sabéis lo que habéis hecho al traerme aquí.

Fallon MacLeod se acercó. Llevaba el cabello castaño oscuro recogido en una cola de caballo en la nuca. Parecía el líder natural que efectivamente era.

—Deirdre está muerta, Isla. Ya no hay nada que temer.

La mujer no pudo controlar la carcajada que brotó de su interior. Se tapó la boca con una mano y parpadeó para contener las lágrimas que de repente se le agolparon en los ojos. Sacudió la cabeza y bajó la mano.

—No está muerta.

—Sí que lo está —dijo Lucan.

Quinn asintió.

—Escucha a mis hermanos, Isla, porque tienen razón. Vi a Deirdre morir con mis propios ojos.

Isla se preguntó brevemente por qué Marvail, que estaba en el regazo de Quinn, parecía enferma, pero la necesidad de marcharse era demasiado grande como para pensar en otra cosa.

—Deirdre no está muerta.

Una mujer pelirroja con intensos ojos de color ámbar dio un paso hacia ella.

—Tienes fiebre y tu herida está supurando. Deja que tu cuerpo se recupere. Después comprenderás que decimos la verdad.

Isla sabía que discutir con ellos era inútil. Por mucho que no quisiera decir las palabras, tenía que hacerlo.

—¡Ya basta! —exclamó—. No estoy confusa. Conozco a Deirdre mejor que ninguno de vosotros. No está muerta porque, si lo estuviera, yo también lo estaría. Estamos unidas por su magia negra.

Los MacLeod se miraron y el ceño fruncido de Broc le hizo pensar que tal vez él entendiera lo que estaba intentando decir. Incluso el gigante rubio arrugó el ceño al oír sus palabras.

—Broc, estoy diciendo la verdad —afirmó Isla. Debía confiar en ella para que pudiera marcharse—. Deirdre no está muerta. Tenéis que creerme.

Fallon negó con la cabeza.

—No lo entiendo. Vimos que el cuello de Deirdre se rompía, y Hayden le prendió fuego.

Isla no sabía quién era Hayden y tampoco le importaba.

—Deirdre no muere por romperle el cuello o quemarla.

—Quédate aquí y recupérate —volvió a decir Quinn—. Si te vas ahora, morirás.

—Si eso fuera verdad... —murmuró Isla, cansada hasta el alma. Vio que el rubio corpulento apartaba la mirada de ella y aprovechó el momento para lanzarse contra él e intentar escapar por debajo de su brazo.

Sin embargo, no fue lo suficientemente rápida. En cuanto llegó a él, la rodeó con sus brazos como si fueran esposas de hierro y la arrastró contra su duro pecho. Le palpitó la herida y sintió como si los huesos se le fueran a romper en cualquier momento por el impacto de su fuerza. Miró hacia arriba y se encontró con los mismos ojos negros que había visto antes.

Aunque en su cara se reflejaba el enfado, Isla vio un atisbo de emoción titilando en las profundidades oscuras de sus ojos, como si estuviera luchando internamente consigo mismo.

Había puesto las manos en su pecho para apartarse de él, pero debajo de sus palmas había un muro sólido de músculo duro y rígido, inamovible.

Por un segundo tuvo el impulso loco de recorrer ese pecho con las manos para sentir el movimiento de los tendones bajo los dedos. Se perdió en los pozos negros de sus ojos y se preguntó qué sentiría al dejar de luchar contra él y apoyar la cabeza en su fuerte hombro, al abandonar la necesidad de ser fuerte y dejar que él la tomara en brazos.

Aunque había visto a hombres atractivos, había algo diferente y especial en el que la sostenía. Podía ser la dureza de sus ojos negros o la forma en la que las cejas rubias enmarcaban sus ojos, dándole un aire duro y siniestro.

Podía ser la fuerte mandíbula, la barbilla y las mejillas hundidas o cómo el cabello rubio le caía caprichosamente alrededor de la cara y de los hombros, como si se pasara con frecuencia las manos por él.

Fuera lo que fuera lo que la contenía, la impulsó a no luchar contra él, a rendirse ante las sensaciones nuevas y maravillosas que le causaba su tacto. Bajó la mirada a sus labios. ¿Cómo sería presionar la boca contra la suya? Ella nunca había besado a un hombre, nunca había querido hacerlo.

¿Qué había en aquel hombre? ¿Cuál era su relación con los MacLeod? ¿Y qué le pasaba a ella? ¿Acaso la herida le había afectado el juicio?

De inmediato recordó dónde estaba y por qué tenía que marcharse.

—Deberías haberme cortado la cabeza, como te pedí —le dijo.

El guerrero apretó sus labios grandes y firmes hasta formar una estrecha línea. Ella sabía que debería luchar contra él. Sin embargo, estaba petrificada por la atractiva cara que le devolvía la mirada.

—No. —Pronunció esa única palabra con decisión y en su voz profunda se pudo percibir la tensión.

Aunque ella no podía ver mucho de su cuerpo, la manera en la que la sostenía contra él, sin ningún esfuerzo, le decía todo lo que necesitaba saber sobre su fuerza. Estaba claro que era un guerrero.

También se dio cuenta de que, mientras los demás vestían túnicas y pantalones, aquel hombre llevaba una falda escocesa azul, verde y blanca

y, debajo, una camisa de color azafrán que no lograba ocultar su pecho, en el que resaltaban unos músculos que ella ansiaba acariciar.

—Por favor —le pidió de nuevo, totalmente confundida por su reacción ante aquel hombre—. Dejad que me vaya. Si me quedo, todos estaréis en peligro.

Él miró por encima de su hombro y entonces Isla oyó el canto.

—¡No! —gritó, e intentó zafarse de los brazos del guerrero—. ¡No me hagas dormir!

Lo último que deseaba era volver a dormir y que las pesadillas la atormentaran una vez más. Sin embargo, no tenía ninguna oportunidad de luchar contra la magia, no en el estado en el que se encontraba. Intentó rogarle otra vez al guerrero, pero el canto para dormir se la llevó antes de que pudiera hacerlo.

Hayden bajó la mirada a la mujer que tenía en brazos. Los ojos de color azul claro de Isla habían reflejado su furia al escuchar el canto de Sonya y le había clavado los dedos en los hombros.

Ahora Isla tenía los ojos cerrados y descansaba la cabeza en su brazo. Él aún podía oír su suave voz de terciopelo suplicándole que le permitiera abandonar el castillo, todavía podía sentir el calor de sus ojos cuando le había recorrido el rostro con la mirada.

¿Le habría gustado lo que había visto? Aunque quería que le diera igual, sentía una extraña curiosidad. Nunca antes había tenido problemas para atraer a las mujeres a su cama. Sin embargo, el rostro de Isla no había reflejado ninguna emoción cuando lo había mirado.

—¿Qué le has hecho? —le preguntó Hayden a Sonya.

La mujer elevó un hombro.

—La he dormido. Se estaba poniendo furiosa y necesita descansar.

—Nos estaba dando información. Y tú no has visto el miedo en sus ojos. No quería dormir.

—El sueño la curará.

—No lo creo —intervino Marvail—. Si lo que tomé de ella ocurre cuando duerme, no es de extrañar que se pusiera tan nerviosa al oír el canto. Volverá a sufrir mucho.

Hayden levantó el pequeño cuerpo de Isla. Se habían llevado su vestido sucio y roto y le habían puesto una camisa blanca que era demasiado fina. Demasiado reveladora. Hayden podía adivinar perfectamente los pechos pequeños y respingones de Isla y sus pezones oscuros. La mayor parte de la suciedad que antes tenía en cara, brazos y pecho había desaparecido, dejando solo una piel blanquísima que él había atisbado en Cairn Toul.

Una piel que, una vez más, deseaba acariciar.

Para su sorpresa, se dio cuenta de que su cuerpo estaba reaccionando ante las suaves curvas ocultas por el sencillo tejido. Ya sabía lo que era sentir sus pechos contra él, sus pequeñas manos en el torso. Conocía las esbeltas curvas que lo tentaban y lo provocaban.

Y, que los santos lo ayudaran, sabía cómo sus labios se entreabrían suavemente, instándole a saborearla mientras lo miraba. A pesar de que no quería responder a Isla, parecía que su cuerpo no fuera suyo en lo que se refería a ella.

Hayden miró a Sonya en lugar de dirigirse a la cama. Quería saber por qué Isla pensaba que Deirdre estaba viva, pero tendría que esperar. También tendría que esperar para volver a ver sus increíbles ojos azules.

—Lo siento —dijo Sonya—. Pensé que sería mejor si descansaba.

Fallon se frotó los ojos con el pulgar y el índice.

—No lo sabías. ¿Cuánto tiempo dormiré?

—Depende.

Hayden juró para sus adentros. Aunque Isla fuera una drough, él no podía olvidar el miedo que había visto en sus ojos. Lo que Marvail había tomado de ella antes era suficiente para asustar a la drough hasta el punto de aferrarse a él, un desconocido, alguien que impedía que se marchara.

Le llevó un momento darse cuenta de que Lucan estaba a su lado, con una oscura ceja levantada en un gesto interrogativo. Sus ojos de color verde mar lo observaban detenidamente.

—¿Qué pasa? —preguntó Hayden.

—Te he preguntado si tienes intención de llevarla en brazos mientras está dormida o si vas a dejar que se tumbe.

Hayden bufó y se dirigió a la cama. Miró a Marvail y vio que la druida lo miraba mientras dejaba a Isla en su lecho. La tapó con las mantas y se giró para marcharse.

—¿Nos ha dicho la verdad? —preguntó Fallon.

Hayden se detuvo y se dio la vuelta para mirar a los demás.

—Está decidida a marcharse o a morir. Lo único que tenéis que hacer es mirarla a los ojos para ver que cree lo que nos ha dicho sobre Deirdre. Si es verdad o no, no lo sé.

Fallon asintió.

—Yo me inclino a creerla —dijo Quinn—. Deirdre me mostró a la hermana y la sobrina de Isla. Las usaba para que Isla hiciera lo que ella quería.

Broc apoyó una mano en el muro de piedra y echó la cabeza hacia atrás, de manera que se quedó mirando al techo.

—Isla permanecía sola excepto cuando Deirdre mandaba a buscarla. Incluso entonces ocultaba cualquier emoción que pudiera reflejarse en su cara.

El miedo que acabamos de ver es real. —Bajó la cabeza y miró a Fallon—. Y eso me preocupa.

—Todos sabemos lo poderosa que se había vuelto Deirdre —intervino Lucan—. ¿Y si Isla está diciendo la verdad? ¿Y si Deirdre no está muerta? Marcaíl gimió y enterró la cabeza en el cuello de Quinn.

—Que Dios nos ayude.

—Entonces, ¿dónde está Deirdre? —preguntó Fallon.

Aunque Hayden odiaba preguntarlo, sabía que tenía que hacerlo.

—¿Encontrasteis su cuerpo en la montaña?

Fallon negó con la cabeza.

—Nada.

—Cielo santo —murmuró Quinn, y abrazó aún más fuerte a Marcaíl.

Hayden miró a Isla, que estaba pálida como las sábanas. Ella sabría dónde estaba la bruja.

Y él pensaba asegurarse de que se lo contara todo.

Dunmore golpeó el leño en la chimenea, levantando un montón de chispas que revolotearon en el aire, y se reclinó en su silla. Un momento después el tronco se rompió con un fuerte crujido.

Se había retirado a la cabaña que tenía cerca de Cairn Toul para llegar a Deirdre fácilmente cuando ella lo necesitara. Todavía no podía creer que se hubiera marchado. Le había dado mucho dinero por su trabajo, aunque lo que realmente le había conferido significado a su vida era saber que estaba haciendo algo para alguien tan grande como ella.

Desde que la había conocido, cuando era solo una muchacha de dieciséis años, supo que Deirdre haría grandes cosas. Nunca se habría imaginado que pudieran asesinarla. Los MacLeod. Era la drough más grande que había vivido nunca. Jamás debería haber ocurrido.

No estoy muerta, Dunmore.

Dunmore se incorporó en la silla y echó una mirada alrededor mientras cogía la espada que tenía al lado. Estaba solo, como lo llevaba estando mucho tiempo. La voz había procedido del interior de su cabeza.

No estás sufriendo una alucinación. Han destruido mi cuerpo, como a la mayoría de mis wyrran. Con mi magia estoy regenerando mi cuerpo mientras hablamos. Volveré a tener forma, Dunmore. Hasta entonces, necesito que hagas algo.

A Dunmore jamás se le habría ocurrido que la voz en su cabeza no fuera Deirdre. Había visto lo que su magia podía hacer y sabía que había vivido mil años. Era la diosa que afirmaba ser.

—¿Cómo puedo servirlos? —le preguntó.

Deirdre se rió entre dientes.

Mis wyrran están limpiando la montaña. Debes ir a Cairn Toul rápidamente. Necesito un druida. Los MacLeod pagarán por haber arruinado mi imperio.

—A vuestras órdenes —dijo Dunmore, y se puso en pie de un salto.